Octavio Guzmán Carretero

SOLAZO

POESIAS

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

EDITORIAL EL DIARIO
Santiago — República Dominicana
1939

32934-10

BIBLIOTECA NACIONAL · SANTO DOMINGO, R. D. ·

BNPHU
PD-RV
RD 861 42
G993s

Biblioteca Nacional
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

EXLIBRIS

Hostos Book
COLECCION

BNPHU

Este libro,
a los más altos,
a los legítimos,
frente al secreto
de la tierra, frente
a la carne y al grito
más generoso y más hondo.

O G C.

Reg. No. 01338

Partes y Composiciones

I.— GRITOS DEL TERRUÑO PRETERITO Y HERIDO:

El Remington ..... Pág. 13

El Recluta ..... " 21

II.— CARNE Y SOL:

Hacia el camino ..... " 27

La Vaca lechera ..... " 31

Por tierra abrupta ..... " 35

El hombre de Tierra Alta ..... " 37

Ocaso ..... " 39

Oración ..... " 41

Carne de miseria ..... " 43

Más alto ..... " 49

Noche Buena ..... " 53

El vacío ..... " 55

III.— GRAVIDO Y SIMPLE:

Paisaje para llegar a tí ..... " 59

Más hondo ..... " 61

Blando y recóndito ..... " 63

Rumbos ..... " 65

Secreto limpio ..... " 67

IV.— PAISAJE:

Muchacho ..... " 71

Muchacha, primavera ..... " 73

Tono ..... " 75

Matinal ..... " 77

V.— PAISAJE:

El Caimoní ..... " 81

El Flamboyán ..... " 82

La Maya ..... " 85

GRITOS DEL TERRUÑO
PRETERITO Y HERIDO

El Remigton

Dolor, dolor,
dolor de carne de pensamiento y de tierra.
Elemental mozo o viejo,
los limpios fríos de Enero
o el recio verano turbio
de los solazos y el viento,
te vieron así cruzado
en bravo barro de loma
con la madrugada grande
pegada a tus ansias frescas,
a tu regocijo rudo
y a tu pobre carne loca
de rabia y de tiroteo. . .

Viejo signo de Patria,
cómo caías,
amargo y demoledor,

madrugador y asesino
sobre la pobre mañana
de la montaña azorada
o de la sabana muerta. . .

Cómo sembrabas. . .
Cómo sembrabas
en la espera de los hombres,
en la espera de la tierra
escandalosa de hambres
y rica de Generales. . .

Sóla y anónima madre
de la sabana y la tierra,
cómo se crió en tu bohío.
Cómo tu lo recibiste,
quizás con tus siete mozos
le fuiste dominicana,

le fuiste dominicana
para que su marcha airada
se hiciera pesada y lenta,
aprovechadora y larga. . .

Mujer anciana o muchacho,
nunca podrás explicártelo,
era tan claro y sencillo,
tan cotidiano y sabroso,
hería hasta en el romero.

Por pan, por muda, o por hoz? . . . por Machos.
Su viaje: en cada vida una ruta;
en el renuevo una ráfaga de sangres y de tormentos;
renegado, renegado,
en cada aurora molía
el hacha y la sementera. . .

BIBLIOTECA NACIONAL · SANTO DOMINGO ·

Un hombre: un máuser al viento, a la promesa y al grito...
Jamás lavó su amasijo ni pensamiento ni carne.
Cansó la "Línea" sus brazos,
hirió Gurabo sus hombres,
y retorció valentía
el Sur indolente y ancho. . .
¡El corazón del terruño sufrió estatura de mandos.

. . . . . .

Sí, viejo signo de Patria,
cuando partiste íntimo, dominicano y torvo
sobre la anatomía de aquellos hombros mórbidos,
de aquellos hombros fuertes
a golpes de solazos
y a maternal desborde de la tierra,
tu fuiste, en cada vida joven
el corazón del rumbo,
la carne del futuro

y el confidente amargo y decidido,
en el coraje atronador y horrísono
de la manigua fiera y violadora. . .

Te vió llegar "Burende",
te vió pasar "La Línea"
con el dolor secreto
de la última lágrima
y del último gesto
que modeló la Patria
en el harapo de la carne joven
con golpes de balazos y metrallas. . .

Sobre tu dorso oscuro
la caricia primera
de la mano pacífica y rural,
fué un idilio amasado sin noción y sin odios. . .
para la herida larga de la Patria
y las fatigas de la tierra grávida. . .

Viejo signo de Patria,
cuando pasaste sembrador de crímen
el árbol cayó muerto;
la parcela gritó reseca y simple;
el río renegado se dió turbio,
y en las amargas despedidas y en los lutos crecidos
de la puerta de campo o del solar sin mazorcas,
se cuajó bien maduro el dolor del camino
y extático estruendo de la tierra aturdida. . .

Por todas la montañas renegridas,
por toda la orfandad de los conucos;
por todos los secretos de la tierra letárgica,
tu presencia prolífica y siniestra
regó buena semilla
para el turbión fecundo de las hambres calientes,
de las esperas cálidas y largas.

Oh, viejo signo de Patria,
en toda la conciencia del terruño
cómo crecíste. . .
seguro abono,
carne y entraña
en el relumbre criollo
del sombrero "terciao",
del fular bermellón. . .

La barranca
te vió tumbar tres mozos,
y el roble fué apenas un silencio sumiso,
una sencilla espectación paterna,
en el derrumbe patriarcal y austero
del viejo enhiesto y rudo
que cuajara
en los robustos bríos de su gesto

el estampido justo
de la espiga y la res. . .

Viejo signo de Patria,
cómo tu fuiste
en los rumbos dementes de la tierra olvidada,
un viraje de sangre. . .

Sí, viejo signo de Patria,
en tus secretos negros y rabiosos
el camino perdió calor del hombre
y almácigo de ruta;
la tierra fué hosca, sola, huérfana, sin brazos,
sin pensamientos, sin noción y sin alba. . .

El Recluta

El monte, el monte,
se hinchó con cién mil índices de llamada y de urgencias.
El monte, buscó tu vida y modeló un martirio
de escoria y de silencios. . .

La fuerza soleada de tus años de siembras,
ancló tu sueño y estiró un camino,
donde tu fuiste harapo de promesas
y apoyo de tragedia en cada asalto
que congeló una vida o derrumbó una frente. . .

Con su mueca festiva de cornetas,
el monte rojo y firme,
desde el secreto muerto
de los barrancos sordos,
desde el río sosegado,
camarada de asechos y fatigas,
te gritaba seguro y pertinaz,
rabioso de fusiles y fuerte de chambrones. . .

El monte,
airado de secretos y de heridas,
empinado y propicio
en un dolor robusto de la tierra quebrada,
recogió sin un gesto, tu músculo ferviente, tu pensamiento
(simple.
Mozo bravo, pedazo de la tierra, sin lugar y sin gloria.
Yo sé que sería en la madrugada limpia,
en la madrugada reciente de zozobras,
caída y amasada,
sobre la adolescencia de la cosecha nueva,
que sufrió la tragedia de tu brazo
y el roto griterío de tus años rabiosos;
Yo sé que sería en la madrugada,
cuando creció el asalto del aviso.
El camino ya sonso y montonero,
te retó como un viejo

General que espoleara
el pulido recodo de tus hombros
y el motín vigoroso de tus años de músculos.

En el ansia cansada de tus manos
y en la revuelta de tu corazón,
cayó atrasada la ocasión amarga
de apretar a tu viejo: corteza bien madura
de machete y de sol, de tierra, de coraje y de Patria.

A la espalda amarilla de los cerros ardidos,
sitiaron el honrado
silencio del bohío,
y lograron tu músculo y tu pensamiento:
frescos juguetes a la fiesta roja
de los viejos cantones sazonados
con machos regocijos de tiros y de mandos. . .

Así se vieron,
perdidos a los vientos de una marcha de sangre

tus brazos: soldados recios de la tierra brava,
bajo la lumbre larga y penetrante
de tus ojos sin crimen. . .

En la hondonada roja y violadora
y en la loma encendida de tumultos,
anunciaste, con los albores de tu carne nueva,
el reto de la cruz
y el coraje salvaje de la tierra violada. . .

El monte, sí, el monte,
al fin te abrazó trágico;
y del horrible drama del fusil y los mandos,
saliste sin un signo de futuros,
cuando así te entregaba el metrallazo
o el relumbrón salvaje del machete,
apenas convertido
en grito de la tierra, en sudor de la Patria
y en cicatriz del árbol y del hombre. . .

CARNE Y SOL

Hacia el Camino

Oh, consejo del surco
recién tibio de granos y de hálitos;
oh, secreto del árbol,
del pájaro y del agua,
yo sé que soís un canto de futuro y de alba;
un almácigo bueno del niño y la esperanza.
Yo sé que es como vuestro,
el tormento maduro de la madre cargada,
la brava reciedumbre del hombre
hecho fiesta de brazos o sereno renuevo de conciencia. . .

Camino, lejos de la carne y el pétalo,
para gritar más alto del límite, ahí estás,
en el asilo rubio de la mazorca madre;
en el revuelto anhelo de la promesa joven
que chorrea la parcela bien fecunda
o la actitud trigueña de la espiga caliente y redentora. . .

Oh, lirio: fiel propósito para ser bueno y manso,
cómo te alargas en tu sencilla paz de ser maestro
de lo casto y lo simple. . .

El asno así cargado al muchacho y al anciano
nos dice, casi eterno, cómo llega la brisa a la conciencia
y la rosa y el alba a la fatiga. . .

Cómo nos dice más, la morena
vigilia de la montaña grande;
opulenta señora de la res y del río;
primer apoyo de la mañana buena
y de los vientos cálidos y nuevos. . .

Oh, comprensión más alta
y más pródiga del árbol,
tu bien, es siempre un rumbo para el hombre.
Sin palabras te cuajas en la vida
para enseñar más blando,
para decir más hondo. . .

Oh, comprensión más limpia
del predio frente al brazo,
a la mirada que descarga
su tumulto de anhelos,
en la ternura de la espiga niña
y en la confianza de la frente húmeda. . .

Oh, comprensión que dices
en los frescos pudores de los chorros,
en la violeta joven y escondida,
un apoyo de nubes,
un aliento interior. . .

Con tu camino, la bandera está ahí:
en la tierra profunda de secretos;
en la crecida yerba; más allá de tu grito
y de tus cosas comunes, de tus cosas vacías.
Está ahí, en lo que olvidas siempre
para ser más pequeño.

Ahí está la lumbre. Esa es la paz, el sentido desnudo
(en el camino. . .
El hombre más crecido y más mórbido en el hombre,
Más limpio y más valiente frente al guijarro sordo,
a la espina y al trino, a la noche y al bien. . .
Con la mirada larga hacia el cielo más claro,
frente a la tierra entera y sin medidas,
frente al hombre desnudo.
Con la emoción y la conciencia en siembras
junto al alba.
Ahí está la paz, la armonía, el secreto y el hombre. . .

La Vaca Lechera

Cálida y dulce patriarcal y blanda,
yo te he sentido universal
en la materna exaltación del alba,
en la corteza ruda,
en el músculo mórbido,
en el agua y el niño
y en el secreto simple de la nube. . .

Yo he visto,
la turbulencia paternal del río,
la caridad del prado,
la montaña magnífica y crecida,
salir por tus dos ojos
en un trigueño viaje
de regalo y perdones. . .

Así en la madrugada amable
el ansia soleada de la tierra y el hombre
han acudido
al certero progreso de tus bienes,
donde se dá humana y pacifista
la redención preciosa
de tu sencilla democracia blanca. . .

El terruño y el hombre
te han visto ser feliz y patriota
en un inquieto drama de pastos y secretos,
donde vives recóndita y sumisa
el consejo y lo bueno
del río y la mañana. . .

Así en el huerto
eres la carga de las recompensas,
y hasta el árbol te siente
ser fervor de futuros
cuando vuelca la urgencia en tus piedades
la cesta oscura de los niños huérfanos.

Buena hermana
en la abundancia suave
tu justicia es robusta
a la yerba y al río,
a los amaneceres, al brazo y al renuevo. . .

Brindis fecundo
para el terruño fervoroso y ávido.
En tí la madre universal y criolla
en dignidad magnífica y vendimia total. . .

Por Tierra Abrupta

He ido a tierra abrupta.
En el pudor altivo de la tierra morena,
he visto a los labriegos
con el tumulto fuerte de sus brazos,
clamorear fervientes
la justicia del músculo
y la gracia potente
del sudor y del sol. . .

Bajo el granada amparo
de sus frentes pulidas
sus ojos han dormido
una reminiscencia de distancias, de tierra,
de bruma larga, de cielo y de mañana. . .

En tierra abrupta, cada hombre:
una voz sembradora de universo.
Cada hombre arrojado en la parcela
es redención de paz, de gritos y de brazos. . .

En el pinar trabajador de músicas
se daba libre el viento,
el viento aventurero en la montaña.

A lo lejos
la catarata gritaba
como la desesperación de los barrancos. . .

El sol, se hizo un escándalo;
y los hombres cantaron
en sus rostros despiertos al mañana
el trópico crecido. . .

Por fin el ocaso.
El ocaso en tierra abrupta
es un canto amasado
con emoción de meridianos largos. . .
Con fuerza de oración, de paz rebelde
y de consuelos altos. . .

El Hombre de Tierra Alta

Qué abierta tu tierra alta
para tu vida fecunda;
para tu vida: el secreto
del árbol y del paisaje. . .

Así te miro llegar
a la parcela y al monte,
con tu emoción en el hacha,
con tu razón en la tierra,
donde bien cantas tu músculo,
tu buena carne de Patria,
tu recia virtud de trópico,
tu entero valor de hombre. . .

Junto al maíz que promete,
a tu fervor y a tu tierra,
a tu sonrisa del alba,
al grito de las azadas,
sin comprenderlo, en tu vida
retoza calidamente
el pudor de la bandera. . .

En tus recias manos altas,
en tu sonrisa, en tu instinto
cómo se te dá la tierra
recien abierta de espigas,
rellena de amaneceres,
futura, y trabajadora,
equilibrada, pacífica,
patriota, amorosa y grávida. . .

Ocaso

Oh, viejo triste!
cómo destilan tus palabras huecas
la fantasía de una historia antigua,
bajo la sombra inquieta
del viejo flamboyán, donde se muere
un trino de jilguero.

Viejo triste
cuántos dulces recuerdos pasarán
por el camino de tu pensamiento,
cuando salen de viaje tus miradas
por el rojo país del horizonte. . .

Bajo la paz del cielo vespertino,
qué gastado y qué hondo el entusiasmo
con que a veces contemplas
la nostalgia de tantos panoramas.

Cuántos locos anhelos,
de caminos, de potros y de arados,
se aferran en tu recio
y descompuesto rostro fatigado!

Pero ay, viejo triste,
el tiempo te ha pegado,
bajo la sombra inquieta
del viejo flamboyán, donde se muere
un trino de jilguero! . . .

Oración

Era una hora escuálida y remota
diluída al temor de la penumbra;
en cada rostro herido de fatigas
una humedad de bendición subía. . .

La paz formó una asilo de azucenas
bajo el alero lila del retorno;
y en cada labio muerto se asomaba
la intención de la frase transparente.

En todo florecía una angustiada
serenidad divina, y el campo de oro
entre el camino de las ascensiones
pasaba de lo diáfano a lo simple. . .

El viento trajo de la sierra parda
fracciones de fragancias y de trinos,
mientras la tarde en los caminos pobres
sembraba la frescura de la ausencia. . .

En el llano pequeño el buey oscuro
asaltó de miradas el barranco,
y escondieron sus ojos sin nociones
¡un perdido horizonte de llanuras!

Carne de Miseria

Tu hambre larga, penetrante y honda,
la fabricó tu viejo simple y alto,
con sus manos manchadas de esperanza y de tiempo
y con la fruta amarga de todas sus arrugas. . .

Tus manos,
sí, tus blandas manos huérfanas,
apenas aprendieron
a ser solas y blancas,
soñadoras y humildes,
pasajeras y últimas,
en la fiera impiedad de las limosnas
y en la sorda aridez de las esperas. . .

Frente a tu noche
sin destino,
frente a la mugre de tu paso loco,
te dás como un eterno
clamor en carne viva. . .

La cesta de tu sueño
vuelca un ansia y un grito
en el remoto imperio de los futuros limpios;
y así te asonsa luego
un certero dominio
de ser trágica y alta
con un agrio puñado de sonrisas ya muertas. . .

Buena viajera
del recóndito surco,
de la esperanza muda,
de la paciencia dulce,
tu equipaje de signos y de espantos
brinda todo el tesoro de sus trágicas ráfagas
al silencio que enferma tus minutos helados
y al olvido indolente de las albas maternas. . .

Ni el ocaso aturdido,
ni la aurora festiva,
te han prestado
el mágico pudor de sus labranzas
para que siembres algo,
un pedazo siquiera
de tu pena recóndita, ligera. . .

Cuéntame así,
o grítale al árbol y al lirio,
sin desgarramientos,
sin lágrimas,
cómo se hirió de contorsión y espanto
tu noche sin justicias y sin manos. . .
Cómo ensució tu pudor aromado,
el fiero pasaporte de las ansias
renegadas y pobres. . .

Cuéntame porqué sucedió a tu noche prometedora
el meridiano requebrado y triste
y el poniente asustado. . .

Mañana,
en tu mañana redentor y espeso,
espeso de recuerdo y de alborada,
compensadoramente
harás de tu dolor todo el camino
liviano de una ruta de blanduras.

Junto a tu pobre carne bien sufrida,
junto a tus ojos claros y despiertos,
tu vida bien madura, se abrirá como tienda
de redención en fiesta y de paz fecundada. . .

Sí, serás calladamente,
serás el alma blanca de un perdón:
calor y mies en la justicia fresca,
en los gritos seguros de una diáfana lumbre de futuros.

Tu caridad cuajada
de palabras y pétalos,
será el camino largo, pero cierto
de tus rosas ya madres. . .

Sí, deja, que te será más alto, más eterno, más humano.
Deja, que te asalte la furia del salón o la esquina,
que tu belleza sea apenas mercancía de minutos;
que ahogue el rosa tierno de tu predio despierto,
un grito de monedas y una injuria de trigo. . .

Mas Alto

Ahí está,
gritándonos más alto,
más generoso, más limpio,
la anónima conciencia
de la huraña tragedia
que se vuelve propósito de lumbres
y artífice momento de caminos,
en la virtud fecunda
de arrojar a la tierra
la simple miés de un hijo
o el esfuerzo magnífico
de un poco de esperanza,
de un harapo de anhelos. . .

Sí, oh brazo cultivador y tenso
hasta el frío crecer de los ocasos,
tú labras
fecundante y callado,
alentador renuevo de futuro
y diáfanas y altivas raíces de conciencia.

A sol entero fuerte y eficaz,
nos dice cierto el músculo,
es potente la carne palpitante,
la frente se dá feliz y mansa
al clamoreo de las recompensas
y al sencillo secreto de la fuerza más alta.

Oh viejo luchador de la fragua y la tierra,
aunque te duela el hierro o la corteza,
aunque se te haga larga
y cálida la marcha,
tú vas sembrando albas interiores,
tu sereno recodo
y la pródiga gracia de tu fruta mejor.

Ahí está,
en cada brazo, en cada pensamiento,
en un fecundo goce,
en un recóndito entusiasmo fresco,
la salud blanda y suave del racimo;
el destino y el hombre,
mimados por el secreto ardiente
de la rica mañana y de lo humano.

Cómo crece y alienta
en toda carne triste,
en cada brazo fuerte y valeroso,
en cada feliz e ingenuo pensamiento,
vigorosa belleza, redención y mañana. . .

Noche Buena

En el camino airado del villorrio
como un nido tirado por los vientos
la cabaña ha esperado
con las puertas abiertas a las prósperas pascuas. . .

La desnudez helada de la mesa
no se pudo manchar de confituras
ni arribó el entibiado regocijo
de la fragante ingenuidad del pan. . .

En la noche crecida de campanas
los niños engarzaron su esperanza,
y en el torrente de sus griterios
asilaron su carga de juguetes

Enturbiados de risas sus perfiles
gritaban el anhelo de traer
en el carruaje de sus fantasías
a la aurora abrumada de confites. . .

El alba grande y fría,
el alba de las pascuas,
entró al villorrio sordo y renegado,
y temblorosamente
hubo para las ansias de los niños mugrientos,
en el sucio quebranto de la espera
y en la paz larga y húmeda
sin maraca y sin pitos,
como un fuerte juguete vocinglero
de conciencia y de grito. . .

El Vacío

La calle larga. . . larga.
Mordida por el sol redondo y amplio.
La pulpería del barrio se ahoga en una paz
caliente y apretada. . .

Allí, están las caras frías
de los niños morenos, de donde brotan
diez miradas quemadas
que se abrazan precisas,
con un presentimiento de conquista
en la gracia humeante del ajonjolí reciente.

Es un extraño adorno de leyendas
en el hueco ya tibio de la clara ventana
la pictórica faz del inútil anciano,
en cuya frente
estrujada de arrugas,
está lanzado todo,
todo el grito. . .

Avariento de trigo el medio día
descansó sobre el barrio, clavando
en la fiera del hambre
una inconformidad común y simple. . .

En la última calle
los suspiros se pierden
frente al hosco vacío de la hora;
y bajos los serenos tormentos
de los ojos remotos,
las manos se han cansado
renegridas y abiertas,
de estar sólas y pálidas
temblorosas y largas. . .

GRAVIDO Y SIMPLE

Paisaje para llegar a tí

Para ser habitante
de tu corazón de bruma,
hay que hallar un camino hacia tu grito
en la salud del lirio
y en la serena plenitud del cielo.

Consechar paz y pensamiento alto
más allá de la burla de la carne,
para tornar liviana la palabra
y luego
aprender cosas claras
en la paciencia diáfana del asno
y en la mirada libre de los niños. . .

Para sentir otoños interiores
con tus frescuras hechas de mañanas,
hay que darse al silencio y al poniente
con todo el corazón diluído en esencia.. . .
Y por fin escuchar lo que nos dice el agua
que se vuelve sencilla entre las piedras
y que tan dulcemente
nos enseña a ser bueno y a ser triste. . .

Paisaje, para llegar a tí,
hay que sentir esencia y universo
en la tierra y el hombre. . .

Más Hondo

El monte y la conciencia
de la mañana buena,
mimaron junto al agua y al niño,
la gracia diáfana y lejana de los trinos,
la sonrisa de la moza diminuta y huraña,
que maduró ternuras,
y que gritó en su gesto mañanero
la virtud íntima y dorada de la tierra revuelta.

El roble y el anciano,
me dicen frente a la parcela madre,
cómo es de feliz la paciencia del campo,
me dicen más hondo,
cómo es la tierra para el hombre,
una eficaz llamada del camino. . .

Blando y Recóndito

Cuando el día
tomó urgencias de seda,
apenas el secreto
encontró auxilio próspero,
en las espigas nuevas,
en las cortezas rudas,
en el paisaje
que dejó de ser niño en este mayo,
en el rostro amarillo
del leñador sencillo. . .

Se dió seguro y fácil
lo simple y lo lejano,
en los ojos blandones del buen asno
y en la frente mansa de la muchacha
que se impresionó junto a la amapola.

Rumbos

Alba Limpia,
te entregas en un alado gesto de comprenderlo todo,
para otorgar lo casto y lo más alto
y perfumarlos. . .

Nos llama
en el renuevo del árbol
en el espigar del huerto,
en las húmedas tiendas de los surcos,
en el aire despierto de los pétalos
y en el sordo martirio de los cardos.
Nos ofreces, así, sublime y humanamente,
un sosegado norte
en la enseñanza de las aguas tiernas,
en los consejos de las brisas frescas.

Sobre el imperio de oro
de tus íntimos rumbos,
tú nos señala en conciencia de lumbre,
la fuerza milagrosa del camino
y la eficacia larga de la rosa y la carne. . .

Secreto Limpio

Amigo, roble adulto,
dime porque tu me enseñaste
tan íntimo, tan sereno
esta mañana dorada? . . .

Dime aunque sea con un roce
de conciencia y de carne,
Oh, buen sabio del viento
y hermano plácido
de los secretos tiernos del romero y el agua.

Dime por qué tu dices
más que el hombre
casi igual que el alba? . . .

PAISAJE

Muchacho

Sigue muchacho, sigue
en esta mañana nueva
no te dijeron
el asno manso y el río
por qué la ciudad era mala?
Tu vida es casi la tierra. . .
En la ciudad es el hombre. . .
No ves por que viene
por la montaña morada
la brisa amorosa y blanda
a explicarte suavemente
todo el consejo que dice,
entre tus manos, el tesoro
del grano y de los otoños. . .

El viento, tu viento aquí es un maestro
del bien y de la paciencia. . .

Tú, no sientes porque la oración y el agua
te hacen más triste y lejano
más armonioso y humano?

Sigue muchacho,
que en el recodo la ceiba
te hará una historia fragante
de sol, de paz, de futuro. . .

Sigue muchacho,
por el camino de oro,
por el huerto, por la yerba y por la brisa,
por la tierra. . .

Que tú vida,
será la vida, en el asno,
en el paisaje y la tierra. . .

Muchacha, primavera

Te encontró la primavera
junto a la alba y a los lirios,
con tus manos agobiadas
de gigantes crisantemos. . .

Clara muchacha, tu marcha,
no lo recuerdas?,
tu marcha a los prados rojos
fué tan suave como el viento,
y fué una fiesta de trigos
tu airosa risa en la ruta.

Bajo el temor de tu frente
yo ví tus ojos tan tristes,
como dos islas perdidas
al grito de tu inocencia.

La tempestad de tus rizos
la recuerdas?,
daba un abrazo de seda,
a los tumultos de gracia
de tu rostro azucarado.

Tu voz, que dulce era ya un sendero
por donde hizo su viaje
una clara caravana
de trinos madrugadores. . .

El domingo y los percales
te fabricaban tormentos.
La primavera, no pudo,
y te asiló junto alba y a los lirios
sembrando la recompensa
de tu risa en los paisajes. . .

Tono

La noche ha deshonrado el agua del estanque,
y ahorcan las luciérnagas
un escándalo ancho
de letárgicas sombras. . .

La noche va mordiendo
sobre el paisaje muerto,
y diafaniza los vastos
rezongos de los pinos
la nerviosa conciencia del lucero. . .

Matinal

Herida de trinos nuevos
cayó la aurora en el valle
mientras el sol asaltaba
la inocencia de las brumas. . .

Junto a la moza y al asno
las risas del campo claro,
cruzaron por las hortensias
entre un aromado chisme
de brisas y serranías. . .

Desde la montaña lila
el río cargaba alegre
como un cansancio de lozas
y un ronco grito de cañas. . .

El rubio ardor mañanero
del campo trabajador
le dió a la aldea un precioso
color de monedas nuevas. . .

Alta de gracia y retoño
creció la mañana de oro;
y era la blanca cascada
una blanca carcajada
que le lanzó la montaña
al panorama despierto. . .

TRES CANTOS

Caimoní

Cómo durmió sobre tí
un tumulto de leyendas,
que el Indio te regaló
para hacerte más benéfico. . .

Triunfaste cálido y sano
del fuego de la conquista,
para festivo ofrecerle
al campo un detalle fresco
de navidad infantil. . .

En el sabor de tu nombre
pretérito y sosegado
navega un secreto anciano
de tierra alta y de sol. . .

Hoy el viajero te olvida
y en el cofre de tus frutos
apenas buscan los labios
tus atenciones de mieles.

En tí se recoje el trópico,
cuando lúcido se eleva
tu fuerte orgullo de simple
crepúsculo fraccionado. . .

El Flamboyán

En el desborde de la primavera
diríase que insulta
el supremo resumen de tu cólera
al inviolado rojo de los ponientes cálidos.

Te asomas
como un rebelde inútil
en la serenidad de los follajes,
y eres, en el tibio escenario de los campos
el abuelo feudal de los caminos. . .

La Maya

Entre la verde multitud agreste
eres la adolescente limitada,
y es tu vida
un asecho de espina en el camino

Hay un auge de gloria en tu estatura
cuando se llena tu presencia rara
con la gala sencilla
vertical y apretada
de tu fruto pequeño. . .

Un castillo erizado, el "Cundeamor"
forma de tí,
y en tí desmaya su existencia débil
que se vuelve cansada y amarilla. . .

Eres algo cerrada
a la mano y al labio,
y en la vida del campo
tu vida pasa apenas
en una utilidad de frontera pequeña. . .